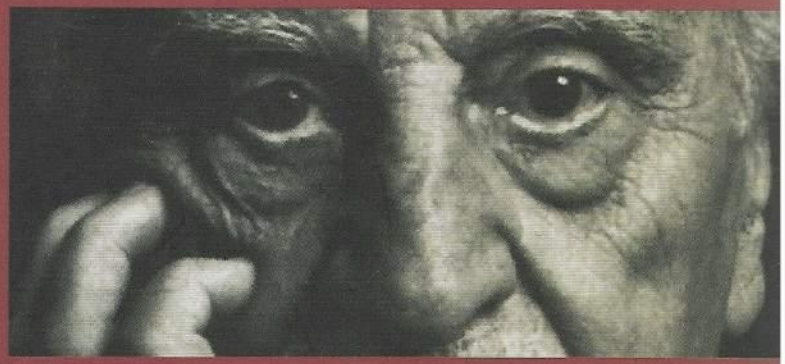
Alberto J. Ribes Leiva

Paisajes del siglo XX

Sociología y literatura en Francisco Ayala



ENSAYO | Biblioteca Nueva

ALBERTO J. RIBES LEIVA

PAISAJES DEL SIGLO XX:
Sociología y literatura en Francisco Ayala

BIBLIOTECA NUEVA

Diseño cubierta: José María Cerezo

Está publicación ha sido posible gracias a la colaboración económica de la Diputación de Granada.

© Alberto J. Ribes Leiva, 2007
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2007
Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9742-625-1
Depósito Legal: M-5.081-2007

Impreso en Top Printer Plus
Impreso en España - Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 15

INTRODUCCIÓN: LA GENERACIÓN DE LA GUERRA Y LOS «SOCIÓLOGOS SIN SOCIEDAD» 19
Sociología en España: la Generación de la Guerra 26
Algunos sociólogos en el interior 33
Los sociólogos sin sociedad: Recaséns, Medina y Ayala 39
La Guerra Civil 40
El Exilio 42
Luis Recaséns Siches 44
José Medina Echavarría 48
Breves consideraciones teóricas 53
Punto de partida 58

CAPÍTULO I.—ESPAÑA EN LOS AÑOS 30, LA SEGUNDA REPÚBLICA: TIEMPO DE UNIVERSIDAD Y NOVELAS. LA ADQUISICIÓN DEL «ENFOQUE SOCIOLÓGICO» (1925-1936) 61
El joven novelista (1925-1930) 61
La ciudad, gran plataforma giratoria: las vanguardias 66
La carrera académica en España (1930-1936) 74
La Guerra Civil y el exilio 79
Escenas de una disciplina: de la tradición sociológica a Ayala 80
Sociología española en los años 30. Los viejos maestros: Adolfo Posada y José Ortega y Gasset 84
La Razón Histórica 93
Ideas y Creencias 94
La Teoría de los Usos 96
El ensimismamiento y la tensión individuo-sociedad 98
La tradición sociológica española en Ayala 101
Las sociologías alemanas: Heller y el historicismo 108
La adquisición del «enfoque sociológico»: recapitulación 113
Literatura y sociología (1) 115
Tradiciones y vanguardias 115

La sociología como forma de arte y el arte como forma de sociología 119

Capítulo II.—El exilio sudamericano (Argentina, Brasil, Puerto Rico): Sociología sistemática (1940-1952) 123
Ya no entiendo al mundo o la primera crisis de la modernidad del siglo xx 123
El sociólogo: las grandes obras (1940-1952) 132
Libertad y liberalismo 134
Los clásicos: tres monografías y un ensayo 139
Razón del Mundo (1944) 146
Tratado de Sociología (1947) 154
El segundo exilio: de la Argentina de Perón a Puerto Rico .. 169
Introducción a las Ciencias Sociales (1952) 171
De vuelta a la ficción literaria: Los usurpadores (1949) y La cabeza del cordero (1949) 177
El hombre masa en la sociedad de masas: la propuesta contextualizadora de Ayala 182
Meditación sobre el tiempo o la teoría de las generaciones 190
El «problema de España»: el debate y la solución sociológica de Ayala 202

Capítulo III.—El exilio norteamericano: nomadismo académico y giro hacia la fragmentación (1952-1971) 225
El ensayo sociológico o la «sociología difusa» (1952-1962) 225
Sobre traducciones y América 233
El mundo en descomposición: Tecnología y Libertad (1959) . 235
La sociedad desestructurada y el mundo sin valores: Historia de macacos (1955) y Muertes de Perro (1958) 241
La consagración del novelista (1962-1971) 248
El fondo del vaso (1962) y El as de bastos (1963) 249
La visión de un exiliado sobre España en 1965 253
Públicos, lenguajes y estilos: ¿Para quién escribe Ayala? 257
Literatura y Sociología (2): el «enfoque sociológico» y otros enfoques 264
La redención en las ficciones literarias de Ayala 266
Cervantes y el pensamiento de Ayala 267

Capítulo IV.—Los regresos a España: el «enfoque sociológico» fragmentado (1972) 274
La conciencia de un cambio de época o la segunda crisis de la modernidad en el siglo xx 274

La fragmentación del «enfoque sociológico» de Ayala: de la sociología sistemática a los textos (literatura y sociología; 3) 280
La tendencia hacia la unificación del mundo (LUM) 283
Una prehistoria de la globalización 283
El mundo concluso, cerrado y redondeado de Ayala 286
El profesor de literatura: los textos (1971-1978) 299
Poesía y práctica cotidiana: El jardín de las delicias. El tiempo y yo (1978) 302
El desexilio 304
Últimas obras (1982) 305
De nuevo sobre España y sus problemas: La imagen de España (1986) 307
El jardín de las malicias (1988) 311
El siglo de Ayala: El escritor en su siglo (1990) y Contra el poder y otros ensayos (1992) 313
Ayala cumple cien años 324

Para concluir: últimas palabras sobre las crisis 327

Índice de cuadros 332

Bibliografía 333

Pero el verdadero ejercicio intelectual no consiste en seguir modas, sino en encararse con las dificultades de la propia época.

FRANCISCO AYALA.

Agradecimientos

El libro que el lector tiene ahora en sus manos tiene una larga prehistoria. Hace ya seis años desde que empecé a trabajar en el pensamiento de Francisco Ayala. Fue, de hecho, en el curso académico 2000/2001 cuando decidí dedicar a la obra de Ayala mi trabajo de investigación dentro del programa de doctorado del Departamento de Sociología V de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Posteriormente ese trabajo de investigación se convertiría en el germen de mi tesis doctoral, *El enfoque sociológico en la producción intelectual de Francisco Ayala: una sociología de la sociología*, que leí finalmente en junio de 2005. Mi tesis es también, de alguna manera, el germen de este libro; aunque son considerables los cambios que he introducido antes de mostrar al lector estas páginas, por lo que remito al lector interesado en profundizar más sobre algunas cuestiones a dicho trabajo previo.

En los últimos años he pasado muchas horas investigando en varias bibliotecas: la biblioteca del University College of London, la biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM, la biblioteca del Instituto Ortega y Gasset y la Biblioteca Nacional. Un día de aquellos en los que permanecía leyendo y anotando en la Biblioteca Nacional descubrí un elemento nuevo que vino a perturbar mi rutina de entonces. Algún funcionario decidió que la serie de retratos al óleo de los galardonados con el Premio Cervantes fuera colocada en los pasillos de la Biblioteca. La casualidad quiso que el retrato de Ayala, pintado por Juan Vida, fuera situado en el recorrido que yo hacía habitualmente de la sala de lectura hasta el descansillo donde estaba permitido fumar y donde hay una máquina de café. A partir de entonces veía a Ayala vigilar mi trabajo y mi descanso, mis lecturas y mis cigarrillos, y pocas veces he pasado sin dedicar una mi-

rada, al menos una ojeada, al Ayala de óleo que situó allí un anónimo funcionario sin saber bien lo que hacía.

Entre aquellos días del año 2000 y hoy han sucedido muchas cosas, y he ido acumulando deudas intelectuales y personales con numerosas personas e instituciones. Porque es cierto que en este extraño mundo intelectual hay gente a la que agradecer cosas. Así que aquí vienen mis agradecimientos a todos aquellos que, de una manera u otra, han contribuido a mejorar este libro.

Aquel otoño del año 2000 entré en relación con el profesor José Enrique Rodríguez Ibáñez, que después se iba a convertir en mi director de tesis. A José Enrique tengo que agradecerle el impagable estímulo intelectual que supone trabajar con él, su estilo vital, su erudición, sus consejos y sugerencias, su apoyo constante y desinteresado y la confianza que siempre ha depositado en mí y en mi trabajo. Creo que la mejor forma de agradecerle todo esto a José Enrique, agradecimiento que hago extensible también a María Jesús, es precisamente publicando este libro, que espero encuentren interesante y sugestivo.

Fue precisamente José Enrique quien me presentó a Francisco Ayala, que entonces tenía noventa y cuatro años y nos recibió amablemente en su residencia madrileña. Algunos meses después, Ayala me concedió dos largas entrevistas que fueron fundamentales para mi trabajo de entonces. Después tengo el privilegio de poder decir que nos hemos visto más veces, en su casa o en algún acto público. A Francisco Ayala y a su esposa Carolyn Richmond tengo muchas cosas que agradecerles: su amabilidad, las facilidades que siempre me han dado, su confianza en mí, su buen humor, las agradables conversaciones que hemos tenido en este tiempo y su permanente y animada buena disposición.

Quisiera agradecer, también, muy especialmente a Manuel Rodríguez Caamaño, uno de los mayores expertos en sociología española, los buenos consejos que me dio cuando yo iniciaba mi investigación, y también su constante apoyo, su colaboración y su ejemplo.

Tengo también que agradecer a Antonio Roche la confianza depositada en mí y en este libro y sus sugerencias, que han contribuido a mejorar la versión definitiva de este libro. Tengo también que subrayar mi agradecimiento a la Diputación de Granada y a la Fundación Francisco Ayala, y muy especialmente a Rafael Juárez, por el apoyo aportado para la publicación de este libro.

Me alegra poder agradecer a Luis García Montero las numerosas ocasiones en las que ha contado conmigo, como Comisario del Centenario de Ayala, gracias a las cuales he podido volver a pensar sobre algunas de mis ideas. También quisiera agradecerle su amabilidad, su sencillez y su buena disposición.

Algunas personas, además de las ya citadas, han leído borradores previos a este libro, y han discutido conmigo, en distintos contextos (académicos o informales), muchas de las ideas que aquí se presentan. A todos ellos quiero darles las gracias por contribuir a mejorar con sus comentarios y sugerencias estas páginas. Gracias, pues, a Luis González Seara, Salustiano del Campo, José Castillo Castillo, Miguel Beltrán, Felipe Morente Mejías, Nelson Orringer, José Félix Tezanos, Juan Carlos Rodríguez, Javier Cristiano, Fernando Calonge, Carlos de Castro, Héctor Romero Ramos, Marta Latorre, Juan Jesús Morales y Eduardo Torres.

Algunas instituciones me han invitado a dictar conferencias sobre Ayala o a escribir algunas páginas sobre él. También a estas instituciones y a los trabajadores de las mismas les quiero agradecer la oportunidad de confrontar mis ideas con numerosas personas: la Fundación Francisco Ayala, el Instituto de Estudios Sociales Avanzados (IESA-CSIC), la Cátedra Federico García Lorca de la Universidad de Granada, la Fundación Santander, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Científicas, la Agencia Española de Cooperación Internacional, el Instituto de España y la Residencia de Estudiantes de Madrid. También quisiera agradecer a mis alumnos de la Universidad de Sevilla del curso 2005-2006, que vivieron el inicio del centenario conmigo, y a los que espero, entre otras cosas, haber introducido en el pensamiento de Ayala.

Por supuesto también quiero agradecer a mis amigos del «mundo de la vida» su buen humor y los buenos ratos que hemos pasado juntos.

También tengo que agradecer muchísimas cosas a mi familia, porque sin ellos, literalmente, nada hubiera sido posible.

Y, por último, gracias una vez más a Eva, a quien tengo que agradecérselo todo.

Introducción: la Generación de la Guerra y los «sociólogos sin sociedad»

> Lo que importa no es aprender ideas, sino revivirlas, repensarlas, hacerlas propias.
>
> José Medina Echavarría (1953: 234-235).

Pocas personas tienen la extraordinaria oportunidad de vivir un siglo. Menos aún son capaces de contemplar su tiempo con lucidez e inteligencia. Y sólo unos pocos dejan tras de sí una prolífica obra intelectual valiosa y variada en la que queden recogidos profundos análisis sobre la convulsa realidad que les ha tocado vivir. El caso de Francisco Ayala es excepcional en muchos sentidos. El relato de su vida ejemplifica a la perfección el complicado siglo XX que ya hemos dejado atrás. El contenido de sus obras es un esfuerzo por tratar de analizar y comprender la realidad social e histórica y, sobre todo, los sucesivos presentes inmediatos en los que ha ido habitando; un empeño, a fin de cuentas, por dar razón del mundo o examinar el mundo en el que vivimos. Para afrontar tal tarea Ayala se ha servido de novelas y cuentos tanto como de obras de sociología o de artículos de prensa; en todas estas piezas se encuentra diseminado su pensamiento, sometido por vez primera al escrutinio público en 1925 con la publicación de su primera novela *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*, y de presencia incesante desde entonces hasta ayer mismo con la publicación de sus artículos y conferencias más recientes ya en estos primeros años del siglo XXI.

Francisco Ayala (Granada, 1906) es un reconocido escritor de ficciones literarias. Acumula premios, sus obras narrativas son reeditadas una y otra vez, sus novelas y cuentos han sido objeto de nume-

rosos estudios críticos e incluso se han escrito varias tesis doctorales sobre algún aspecto de su obra literaria. Normalmente se suele decir de él que es un gran escritor, pero también un excelente ensayista y sociólogo. Sin embargo, esta faceta de su obra, pese a ser muy bien valorada no ha sido analizada y estudiada con rigor y detalle. En este libro nos ocuparemos de la obra ensayística y la sociología de Ayala, sin perder de vista tampoco la literatura, que, en sus manos, es también, como defenderemos, un instrumento de conocimiento. El pensamiento de Francisco Ayala se encuentra, pues, presente en sus obras literarias, en los ensayos, en sus trabajos estrictamente sociológicos, en artículos de prensa, incluso en sus memorias; se muestra en todas sus producciones intelectuales independientemente del género tradicional al que pueda adscribirse cada obra, y, por este motivo, todas ellas serán objeto de nuestra atención. De lo que se trata aquí es de presentar un análisis crítico del pensamiento de Ayala, relacionándolo con sus experiencias personales, con su biografía, teniendo en cuenta, además, los distintos contextos dentro de los cuales ha transcurrido su vida. Porque escribir sobre Francisco Ayala es escribir sobre el siglo XX: las dos guerras mundiales, la Guerra Civil, la crisis de la modernidad, el auge de los nuevos medios de comunicación de masas, la sociedad de consumo, la guerra fría, la revolución tecnológica, la globalización. Los grandes acontecimientos histórico-sociales de la pasada centuria nos servirán como marco de fondo sobre el que situaremos al joven Ayala vanguardista de los años 20, al funcionario y catedrático en la Segunda República, al exiliado en Latinoamérica, profesor de Sociología en Argentina, Brasil o Puerto Rico, al novelista que va ganando prestigio, al profesor de Literatura en Estados Unidos desde los años 50, al jubilado que regresa a la España nuevamente democrática. Esos mismos acontecimientos socio-históricos serán, al mismo tiempo, los lugares desde donde escriba y su temática predilecta.

Pero escribir sobre Francisco Ayala es también escribir sobre sociología, y sobre la historia de la sociología en España. Éste es un aspecto frecuentemente olvidado por la mayoría de los estudiosos de la obra ayaliana, pese a ser crucial para entender sus trabajos. No se les puese culpar, puesto que ni siquiera los sociólogos han mostrado demasiado interés por su propio pasado. Lo cierto es que la historia de la sociología en España es un campo de investigación no suficientemente explorado, y, sin embargo, repleto de polémicas. Es lógico que

así sea, puesto que como señaló certeramente Levine (1995: 11) las historias internas de las disciplinas científicas sirven para legitimar paradigmas existentes previamente o nuevos paradigmas emergentes. Por tanto, cada narración de los avatares de la sociología en España está íntimamente relacionada con el momento histórico en el que se escribe esta historia, pero también con la manera de entender la disciplina por parte del autor que escribe la historia. Si, por poner un ejemplo poco ficticio, un autor considera que la sociología es una ciencia empírica cuya finalidad es la explicación de los hechos sociales mediante el empleo de sofisticadas técnicas de recolección y análisis de datos, fundamentará su narración histórica en la búsqueda de sociólogos que puedan encajar en este perfil. Así, la clave aquí será cuál sea la concepción de la disciplina que tenga el narrador; a fin de cuentas, qué es para él la sociología, qué puede considerarse sociología.

A esta lucha por la definición de la disciplina desde la reconstrucción histórica hay que sumar una nueva manía (en el sentido de Sorokin, 1964) o una nueva patología o afección, olvidada por Merton (1990) en su irónico repaso a los excesos de los científicos, que consiste en considerar su trabajo como la «auténtica y definitiva sociología» que han manifestado con admirable constancia numerosas generaciones de intelectuales que se han dedicado al estudio de la sociedad. Esto afecta directamente a los trabajos de historia de la sociología, porque gracias a esta manía los trabajos anteriores que sean afines a la propia concepción de la sociología del autor (con legitimidad paradigmática, podríamos decir), serán considerados precedentes, pre-sociológicos; mientras que el resto simplemente será arrojado a los márgenes o excluido, expulsado de la historia de la disciplina. El comienzo, pues, de la sociología, o de la definitiva sociología, a juzgar por esta propensión de los sociólogos a crear y recrear, parecería no venir nunca, a pesar de la historia con la que ya cuenta esta disciplina. Los sociólogos parecen repetirse a sí mismos algunos de los versos del magnífico poema «La dicha», de Borges: «Todo sucede por primera vez», «El que prende un fósforo en lo oscuro está / inventando el fuego», «Todo sucede por primera vez, pero de un / modo eterno» (Borges, 1989: 43-44). El que hace sociología la hace (o cree hacerla) eternamente por primera vez.

Veamos algunos ejemplos. Según cuenta Levine (1995: 18), igual que Comte, Park y Burguess hicieron un esquema de la prehistoria de

la sociología científica proponiendo su propio tiempo como la ocasión para la auténtica investigación social. La diferencia es que ellos le hicieron a Comte lo que él había hecho a Montesquieu y Condorcet: ellos le presentaron como un precursor, no como un verdadero sociólogo positivista, porque las habilidades necesarias para llevar a cabo investigaciones sociales empíricas no estaban todavía disponibles. Recaséns Siches nos presenta otro caso, el de Lundberg, quien «sostiene que, gracias a ese método conductista, la Sociología va entrando en su etapa verdaderamente científica» (Recaséns Siches, 1964: 70). Merton señaló que a lo largo del siglo XIX y parte del XX cada sociólogo creía que tenía que fundar la sociología, establecer sus fundamentos teóricos y metodológicos, su alcance y sus propósitos. En el mismo sentido, señala Ferraroti (1975: 25) que «tanto Durkheim como Weber o Pareto, los grandes representantes de la crisis de la sociología sistemática clásica, se dirían obsesionados de la necesidad de fundar *ex novo* su disciplina». Touraine decía en los años 70 del siglo XX que la crisis de la sociología de aquella época era realmente el nacimiento de la sociología. Gouldner, por su parte, sostiene que «en cierto sentido, la sociología académica es una ciencia que siempre está volviendo a empezar; es decir, tiene una extraña propensión a la amnesia». Y más adelante, añade una anécdota personal que nos permitirá cerrar esta sucesión de ejemplos: «Durante mi vida he conocido a tres sociólogos que han dicho o anunciado públicamente que con ellos, o al menos con sus discípulos, la sociología iba a comenzar por fin» (Gouldner, 1973: 153).

Más allá de ser una simple curiosidad o una manía sobre la que hacer algún chiste ingenioso, aunque también sirva para eso, la constatación de la manía recurrente del eterno alumbramiento de la sociología, personificada en autores concretos, recoge perfectamente la transitoriedad de las tradiciones sociológicas y de los criterios cambiantes para pertenecer a la misma, ya que cada cierto tiempo los sociólogos inventan o reinventan la manera de ser sociólogo, definen y redefinen el «oficio de sociólogo» y proponen «nuevas reglas del método sociológico», no sin buenas dosis de «amnesia» y de «complejo de descubridor», por citar dos achaques o manías que señaló hace algún tiempo Sorokin (1964). En un intento de caricaturizar esta manía podría denominársela como *Ley del Eterno Alumbramiento de la Sociología* (LEAS), si no fuera porque la actual coyuntura de la sociología, y del mundo académico e intelectual en general, no permite

hablar de leyes sociológicas ni en broma. El argumento sería el siguiente: la sociología que nació, desde algunos puntos de vista, con la pretensión de descubrir las «leyes sociales» ha terminado encontrando una eficaz ley en ella misma, la ley que pone de manifiesto la obsesión compulsiva y repetitiva de crearse y recrearse, de proyectarse hacia el futuro y de prescindir de su pasado, de tratar a su propia tradición como meras aportaciones pre-sociológicas. Utilizaremos la LEAS para iluminar algunos aspectos a lo largo de este libro.

Sin tener en cuenta estas consideraciones es bastante complicado no perderse en el juego de las definiciones y luchas que laten bajo las numerosas reconstrucciones y reflexiones sobre la sociología. En el caso de ciertas historias nacionales concretas, como sucede en el caso español, hay que contar, además, con otro elemento que viene a complicar aún más las cosas. Se trata de la obsesión por la institucionalización académica de la sociología en nuestro país.

Así pues, tenemos una serie de relatos de la historia de la sociología que pugnan unos con otros por definir los límites y por reivindicar (e incluso imponer) su propia concepción de la disciplina. Y tenemos, también, la manía de considerarse siempre el primer sociólogo frente a un pasado pre-sociológico. Y aún, en la sociología española, contamos con la excesiva presencia de los hitos institucionales, que tiene como consecuencia el menosprecio de la sociología no institucionalizada. Estos tres elementos comparten un mismo defecto, su ahistoricismo, y constituyen una triada de obstáculos importantes para el estudio del pasado sociológico.

Puesto que considero que la manera en que un autor defina a la disciplina sociológica afecta a su reconstrucción histórica y a su interpretación de un autor, es obligatorio que especifique aquí, muy brevemente, cuál es mi concepción de la sociología. En otras palabras, qué entenderemos, de aquí en adelante, por sociología. Se podría decir que la sociología es el resultado de una interacción entre la tradición sociológica y el «enfoque sociológico». La tradición sociológica es el lugar donde se habla de sociología, se escribe sobre ella, se enseña y se aprende, pero sobre todo se define a la sociología y sus límites, y como tal es un lugar cambiante y flexible, que históricamente ha adoptado diversas formas. Volveremos, un poco más adelante, sobre esto. Será en ese lugar donde se pueda adquirir un «enfoque sociológico», o lo que es lo mismo, una manera determinada de mirar el mundo y lo social influida por la tradición sociológica. Así, cuan-

do se estudia la sociología de un autor lo que se hace en realidad es analizar su «enfoque sociológico» y, por tanto, de alguna manera, también algunos aspectos históricamente concretos de la tradición sociológica.

Si tomamos un momento histórico concreto como punto de referencia, veremos que en la tradición sociológica hay distintas posiciones que se pueden ocupar. Por una parte habrá una posición, digamos, ortodoxa, que será algo así como el canon de lo sociológico, lo que se puede considerar sociología sin ningún problema, la *sociología en sentido estricto.* Supongamos que queremos distribuir en cuatro cajas a los autores y obras que encontramos en la tradición sociológica. Supongamos que tenemos la, seguramente insensata, intención de intentar ordenar la estantería que ocupa la tradición sociológica. Entonces, nosotros igual que los historiadores de la sociología o los sociólogos de la sociología, enviaremos a una primera caja el conjunto de obras que hemos llamado *sociología en sentido estricto.* Pero vemos que la estantería sigue llena. Quedan más libros y hay que colocarlos en algún sitio, a menos que queramos perderlos, algo que en demasiadas ocasiones no ha preocupado mucho a numerosos estudiosos. Entonces deberíamos abrir otra caja que diera cabida a otro grupo de obras que podríamos llamar de *sociología difusa.* La *sociología difusa* sería una forma de hacer sociología, es decir, de aplicar la tradición sociológica a cualquier realidad social, pero expresar los resultados de una manera poco académica; mediante ensayos o artículos de prensa, por ejemplo. Lo importante aquí es la forma, que suele ser más literaria. Para que se envíe un trabajo a esta caja hay que tener en cuenta si el autor, reconozca o no la intención sociológica de esos escritos, ha contado con materiales típicamente sociológicos a la hora de elaborar sus afirmaciones. Los expertos podrán o no considerar a estos trabajos como sociológicos, pero verán en ellos las huellas de un «enfoque sociológico». Estos trabajos, por oposición a los primeros, suelen ser asistemáticos y fragmentarios. Lo importante es que se parte de un origen sociológico ortodoxo y se llega a unos resultados heterodoxos, al menos, en cuanto a la forma. Pero todavía quedan libros en la estantería. Tenemos ya dos cajas llenas, una de «sociología en sentido estricto» y otra de «sociología difusa», y, sin embargo, no hemos empaquetado todo lo que había. Y es así porque la tradición sociológica se nutre de algunos trabajos ajenos estrictamente a sí misma. No se sabe bien qué hacer con ellos, y tam-

poco si se les debe considerar sociológicos. Sin embargo, podemos evitar andarnos con rodeos si abrimos una tercera caja a la que serían enviados todos aquellos trabajos de filosofía, literatura, economía, antropología que tienen *significado sociológico.* Este significado sociológico puede ser objetivamente buscado, es decir que el autor manifiesta su intención de influir de alguna manera en el pensamiento sociológico, u objetivamente encontrado por expertos que valoran el trabajo hecho en otras disciplinas afines como relevante para la sociología, o ambas cosas a un tiempo. Cuando nos ocupamos de los clásicos esta forma de hacer «sociología» es bastante frecuente. Que lo consideremos sociología, de una manera amplia, no significa que no sean trabajos económicos, literarios, filosóficos, etc., sino que no son sólo eso: también tienen consecuencias en la disciplina sociológica y en su tradición. Pero en la estantería, que ya se va vaciando, todavía quedan algunos autores y algunas obras. Deberíamos, pues, abrir una nueva caja a la que enviaríamos una serie de trabajos que quedan perfectamente caracterizados en lo que se ha venido denominando *Sociografía,* y que nosotros entenderemos como estudios empíricos sobre la realidad social llevados a cabo con métodos estadísticos más o menos sofisticados, y que en el pasado tenían, en ocasiones, una marcada intención subyacente de reformismo social. Se trataba, pues, de los primeros esfuerzos por intentar aplicar los instrumentos de la ciencia al estudio de la sociedad, aunque la teoría en sí misma no ocupaba un lugar destacado. Éste es el tipo más ajustado al pasado, aunque alguna modalidad de «empirismo abstracto» guarde ciertas similitudes con esta forma de hacer sociología. La característica esencial de este tipo son los métodos, la producción de datos, y, sobre todo, el carácter descriptivo y la intención de objetividad. La estantería ha quedado ya casi vacía y tenemos, en cambio, cuatro cajas llenas. Hemos cumplido nuestro objetivo de distribuir lo que había en una estantería repleta y desordenada, y hemos visto que en un momento histórico determinado se pueden distinguir cuatro tipos o maneras de hacer sociología. Esta tipología nos será muy útil más adelante, cuando tratemos de explicar la sociología de Ayala. Pero una última ojeada a la estantería nos indica que todavía hay algunos libros en ella. Siempre que ordenamos sobra algo, que se va directo a la papelera. En nuestro caso, arrojaremos fuera de la tradición sociológica (repartida en cuatro cajas), enviaremos pues a la papelera, aquellos trabajos que tratan lo social pero que ni en su elaboración ni

posteriormente han tenido ninguna relación con la tradición sociológica. No cuentan, por tanto, con un «enfoque sociológico», y, por lo mismo, no pueden ser considerados sociología. Hemos tratado de ser inclusivos al máximo, muy al contrario de otros autores mucho más restrictivos y dogmáticos, pero todo tiene un límite. Si una obra no cuenta con un «enfoque sociológico» no nos interesa para nuestra reconstrucción histórica de la sociología. Dejémosla, pues, en la papelera. Basten, por el momento, estas breves reflexiones teóricas y vayamos a la sociología española y a su polémica historia.

Sociología en España: la Generación de la Guerra

> El hombre es, por encima de todo, heredero.
>
> Ortega y Gasset.

> Porque ¡oh jóvenes! Al venir vosotros a la luz, la Historia había hecho lo suyo. No seáis irreverentes con la Historia, que si llegáis a ser algo algún día, perteneceréis a la Historia.
>
> Adolfo Posada.

A pesar de todas las polémicas y disputas que encontramos en las distintas historias de la sociología que han presentado los expertos, es necesario situar a Ayala en la tradición sociológica española, en el contexto de la sociología de nuestro país[1]. Y es así porque cuando Ayala empieza a leer sociología y a escribir sus primeros trabajos de corte sociológico se encuentra inmerso en la tradición sociológica española, con sus escuelas, sus corrientes, sus problemas y conceptos vigentes, con sus posibilidades teóricas abiertas. No hay acuerdo, como decimos, a la hora de decidir qué intelectuales hicieron sociología, ni

[1] Sobre la historia de la sociología española pueden verse, entre otros muchos trabajos que irán apareciendo citados a lo largo de este libro: De los Ríos (2000), Posada (1990), Barnes y Becker (1945), Mendizábal (1956), Gómez Arboleya (1990 [1958]), Perpiñá (1968), De Miguel (1974), Giner (1977), J. de Miguel y Moyer (1979), Lamo de Espinosa (1990 y 1992), Giner y Moreno (1990), Torres (1994 y 2003), Rodríguez Ibáñez (1998 y 2004), Del Campo (2001) y VV. AA. (2004).

siquiera está muy claro quiénes son nuestros «clásicos». Sin embargo, las distintas nóminas que proporcionan los estudiosos suelen partir de los tempranos trabajos decimonónicos de Ramón De la Sagra, Balmes o Donoso Cortés. Hay quien se remonta a Luis Vives, Francisco De Vitoria o Francisco Suárez; el propio Ayala, como veremos, recurre a Jovellanos, mientras que Fernando de los Ríos (2000: 178) presentaba a algunos de los trabajos de los historiadores de las Indias Occidentales como «valiosos estudios sobre las condiciones sociales de los aborígenes americanos». No nos interesa, sin embargo, remontarnos tan atrás. De hecho, nos interesa solamente hablar del contexto más inmediato de Ayala sobre los años 20 y 30. Sin embargo, antes, alrededor de 1840, nacen cinco intelectuales que resultarán fundamentales en el desarrollo de la sociología española: Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Sales y Ferré, Urbano González Serrano y Joaquín Costa. Precisamente Manuel Sales y Ferré, autor de *Estudios de Sociología* (1889), *Tratado de Sociología* (1894, 1895 y 1897) y de *Sociología General* (1912), se convertiría en el primer catedrático de sociología en España, en 1898. Un poco más jóvenes son Adolfo Posada y Severino Aznar, representante, éste último, del catolicismo social y segundo catedrático de sociología en España a partir de 1916. No hay que olvidarse tampoco de lo que Gómez Arboleya llamaba «disciplinas parasociológicas», que aglutinaron a una serie de intelectuales que emplearon en mayor o en menor medida la sociología o un determinado «enfoque sociológico». Así, dentro de estas «disciplinas parasociológicas» suelen destacarse criminólogos (como Dorado Montero o Salillas), penólogos (Concepción Arenal), un representante de sociología sexual (Quintiliano Saldaña), antropólogos, etnógrafos, folkloristas (T. de Aranzadi, Antonio Machado y Álvarez), sociólogos rurales (Díez del Moral, Bernaldo de Quirós).

Pero volvamos a Posada. Discípulo de los krausistas Giner de los Ríos y de Gumersindo de Azcárate, ocupaba, en los años 20 y 30, una posición de privilegio en la escena de la sociología española. Había publicado una serie de obras consagradas a la sociología, que hoy se han convertido en clásicos, tales como *Principios de Sociología* (1908) o *Sociología Contemporánea* (1904). Desde esa posición, Posada hará lo posible por animar a los jóvenes intelectuales a interesarse en la sociología, facilitará que dicten cursos de esta disciplina, y mediante sus numersas traducciones y sus publicaciones contribuirá a

divulgar el pensamiento sociológico contemporáneo. Mucho antes de esto, cuando Adolfo Posada tenía veintitrés años, en 1883, nace José Ortega y Gasset, que iba a ocupar una posición central en la vida intelectual española a lo largo de varios decenios, y cuya importancia para la sociología de nuestro país será fundamental.

Especialmente las tres últimas generaciones, la de los años 40 con Giner, Azcárate, Sales y Ferré, Costa y González Serrano, la de los años 60 y 70 con Posada y Aznar, y la de los años 80 con Ortega a la cabeza, estaban muy presentes en el contexto intelectual de los años 20 y 30, cuando una nueva generación iba a sentirse atraída por la sociología. Ellos todavía no lo sabían, cuando nacieron en los primeros años del siglo XX, entre 1900 y 1918, pero iban a ser la *Generación de la Guerra*. Ellos iban a vivir, cuando contaban entre dieciocho y treinta y seis años, la traumática experiencia de la Guerra Civil Española, y su camino iba a escindirse en dos: los que tuvieron que partir al exilio y aquellos que permanecieron en la península. Pero todavía faltaban muchos años para eso. De momento, estos jóvenes intelectuales estaban formándose en la España de Alfonso XIII y luego en la España de la Segunda República. Y lo que tenían a su alcance era el legado de las generaciones previas. Por un lado estaba lo que quedaba del krausismo, el llamado «institucionismo» por Elías Díaz (1989), al que habían pertenecido Giner y Azcárate y que ahora enseñaba Posada, y alguno de sus discípulos, en la Universidad Central de Madrid. Por otro, la vía sintética krausopositivista de Sales y Ferré. También Costa y su regeneracionismo. O Aznar y el catolicismo social. Y como una estrella fulgurante, un atractivo Ortega y Gasset que traía aires nuevos de Alemania. Veremos con detenimiento esta situación más adelante, aunque ya podemos anticipar que serán Ortega y la sociología alemana quienes más llamarán la atención de estos jóvenes intelectuales que querían hacer sociología. Pero todavía no me he referido a ellos.

Entiendo por *Generación de la Guerra* a una serie de jóvenes intelectuales que prestaron gran atención a la sociología, aunque con frecuencia se ocuparan también de otras cuestiones, tal vez escribieron novelas, libros de derecho político o de filosofía. Los miembros más destacados de esta generación se llamaban o se llaman Luis Recaséns Siches, José Medina Echavarría, Francisco Ayala, Florentino del Valle, José Ros Jimeno, Carmelo Viñas Mey, Antonio Perpiñá, Legaz Lacambra, F. Javier Conde, José Luis López Aranguren, José A. Maravall, J. Ruiz Giménez, Carlos Ollero, Luis Sánchez Agesta, F. Murillo, Julián Marías, Enrique Tierno Galván, Enrique Gómez Arboleya y Salvador Lissarrague.

Esta generación que irrumpió con firmeza en los años 30, 40 y 50 hizo existir una nueva manera de entender la sociología, basada en buena medida en una relectura sociológica de Ortega junto con la incroporación de la tradición sociológica alemana (Mannheim, Wiese, Max y Alfred Weber, Oppenheimer, etc.), y con el paso del tiempo se encargaron también de introducir la más reciente sociología norteamericana y de adaptar sus «enfoques sociológicos» en una suerte de síntesis que pretendía aunar influencias de la sociología alemana e influencias de la sociología norteamericana, algo que resultó difícil e incluso, en ocasiones, doloroso. Fue esta generación a la que le tocó vivir, cuando sus carreras intelectuales estaban comenzando o empezaban a despuntar, la Guerra Civil, como decíamos antes, y a una parte de ellos, a los derrotados, a aquellos que permanecieron fieles a la República, les correspondió, pues, el exilio; eran Luis Recaséns Siches, José Medina Echavarría y Francisco Ayala, los llamados «sociólogos sin sociedad» por Enrique Gómez Arboleya. En Latinoamérica ocuparon un lugar importante dentro del ámbito académico y contribuyeron en buena medida a relanzar la sociología en varios países, especialmente en México, aunque también en Argentina, Chile y Puerto Rico. Al tiempo, en el interior de la península fue a aquellos miembros de esta generación que permanecieron en ella a quienes tocó vivir el proceso de la definitiva institucionalización de la sociología en España, especialmente mediante la figura de Enrique Gómez Arboleya, que se convertiría en el tercer catedrático de sociología en España, en 1954, siguiendo la estela de Sales y Ferré y Severino Aznar.

Esta escisión en dos grandes grupos motivada por las consecuencias de la Guerra Civil y la represión del franquismo triunfante ha llevado, en ocasiones, a desubicar a los sociólogos exiliados, a los «sociólogos sin sociedad», cometiendo una nueva injusticia. No es nada infrecuente encontrar a Recaséns, Medina y Ayala como continuadores de Ortega o simplemente como sociólogos exiliados, al margen de su propia generación, desvinculados de sus contemporáneos. Sin embargo, hay una serie de puntos cruciales que ponen de manifiesto cuáles eran los nexos de los sociólogos exiliados y los que permanecieron en el interior. Se puede hablar de una serie de características

comunes y generales de esta singular, y a la misma vez, heterogénea generación. En primer lugar, habría que señalar la influencia de Ortega. El pensamiento sociológico de Ortega estará bien presente, sobre todo en su arranque, en las obras iniciales de casi todos los autores de esta Generación. Se ha llegado a decir que Ortega «influyó sobre todos los que hicieron algo de sociología en España antes de que se empezara a viajar a Estados Unidos. También sobre los que la hicieron en el exilio» (Rivaya, 1993: 245). Es explícita y evidente esta influencia en Ayala, Recaséns Siches, Medina Echavarría, Lissarrague, Arboleya, Marías y Laín, por citar solamente algunos nombres. Se trata, no obstante, y en algunos casos, de una influencia compleja. Así, mientras que en el caso de Recaséns Siches o en el primer Lissarrague se puede hablar de una relativa asunción de la mayor parte de los planteamientos de Ortega, en otros autores como Ayala o Medina, por ejemplo, la influencia del maestro consistirá en introducirles en ciertas discusiones y poner a su alcance un repertorio de problemas y conceptos que éstos se verán obligados a reelaborar prácticamente desde cero para así poder introducirlos en su propio sistema de pensamiento e, incluso, si cabe, «sociologizarlos».

En segundo lugar, es determinante también la influencia krausista o, más precisamente, de lo que quedaba del institucionismo. El krausismo, como tendremos ocasión de discutir más adelante, ocupaba un espacio en el panorama de la sociología española en el primer tercio del siglo XX, aunque incluso en 1947 encontraba Ayala que esta «prestigiosa escuela» «alcanzó a tener importancia primordial en la espiritualidad española, y cuyo influjo aún perdura» (Ayala, 1984: 107). A veces esta influencia se tradujo en un rechazo frontal de la jerga krausista, otras veces se manifestaba respeto ante esta escuela o aún ante los maestros, y en ocasiones también es posible percibir algunas ideas de origen institucionista en las obras de estos sociólogos. Las obras de Ayala, como veremos, son bastante clarificadoras con respecto a la influencia del institucionismo en estos sociólogos.

En tercer lugar, estos autores comparten una común formación: todos se formaron en España (aunque algunos disfrutaron gracias a las becas de estancias temporales en países europeos o americanos), es decir, pasaron por las universidades españolas, obteniendo allí una formación decisiva para su carrera intelectual, fundamentalmente, en sus comienzos. Los primeros libros publicados por los exiliados, según ha notado Elías Díaz, guardan una estrecha relación con la realidad intelectual y socio-histórica española; «son libros —dice Díaz— que derivan todavía, en su mayor parte, de lecturas, influencias y estudios de la preguerra española» (Díaz, 1983: 38). En este punto es preciso recordar las redes formales o informales a las que pertenecieron todos los miembros de la *Generación de la Guerra*. Estos intelectuales se movieron por los mismos lugares y participaron en diversas tertulias y seminarios o bien coincidieron en facultades y aulas. Así, Lissarrague coincidió con Maravall en el curso que dictaba Hermann Heller en Madrid. Heller había sido un autor que había deslumbrado a Recaséns y Ayala. Arboleya incluso había dedicado su tesis doctoral a estudiar la obra de Heller. Recaséns había sido profesor de Lissarrague. Ayala estuvo en el tribunal de Tesis doctoral de Arboleya, y fue profesor de Tierno Galván, en 1934 o 1935 (Ayala, 2001: 473). Ayala y Marías habían estado en la órbita de la tertulia de la *Revista de Occidente*. Gaos, Marías, Maravall, Recaséns y Lissarrague participaron también en seminarios dirigidos por Ortega. Medina dicta su primer curso de sociología en la Universidad de Madrid gracias a la invitación de Posada, que fue maestro de Ayala y un claro referente intelectual para Recaséns Siches.

En cuarto lugar, no hay que olvidarse de la común influencia inicial de la sociología germánica, que, en ciertos casos, será completada con un común esfuerzo por incorporar la nueva sociología norteamericana y las modernas técnicas de investigación social. En ocasiones, la atención a la sociología alemana será fundamentalmente una atención principalmente a la sociología histórica, a la escuela historicista alemana, algo que vincula, una vez más, la tradición germánica y el pensamiento de Ortega como marco teórico de referencia. Así, por ejemplo, Ayala, Recaséns y Arboleya compartirán la influencia de Hermann Heller, que venía a proponer una sociología política historicista[2]. Legaz Lacambra también va a prestar atención a la sociología alemana, como vimos más arriba, e incluso sigue también a Heller (Perpiñá, 1944b: 263). Lissarrague también participará de esta línea, así como Medina. Heller parece ocupar un importante puesto de mediador entre la sociología de la *Generación de la Guerra* y cierta socio-

[2] De las relaciones de Ayala con Hermann Heller nos ocuparemos más adelante. En cuanto a las relaciones de Arboleya con Heller, sobre quien escribió su tesis doctoral, véase Arboleya (1982: 15-124) y Mesas de Román (2003).

logía alemana. De hecho, la traducción castellana de su *Teoría del Estado* logró una segunda edición, algo que no había conseguido la edición alemana original (Arboleya, 1982c: 125). Según escribiera Arboleya, en la obra de Heler «refulge una tan clara precisión, un análisis tan exacto, una agudeza polémica tan certera y un afán de verdad tan apasionado, que le aseguran un puesto destacado en la teoría política de nuestra época» (Arboleya, 1982b: 124).

Por otra parte, y por ejemplo, Medina, Arboleya, Recaséns, Tierno Galván, Ayala, Lissarrague o Aranguren también compartirán una común atención a la sociología norteamericana y, algunos de ellos, propondrán una síntesis entre teoría e investigación o teoría y técnica (como dirá Medina Echavarría, 1982), o introducirán y discutirán a los sociólogos funcionalistas norteamericanos.

En quinto y último lugar, una vez que la Guerra Civil hubo concluido, y a partir de un momento determinado, hubo cierto diálogo entre la sociología transterrada y la sociología en el interior, y se publicaron y llegaron a conocerse algunos trabajos de los exiliados en nuestro país. Es muy significativo que en 1958, en su influyente artículo «Sociología en España», Enrique Gómez Arboleya se refiriera a los tres «sociólogos sin sociedad», dedicándoles una atención minuciosa. También, unos años después, en 1968, en su propio relato de «La sociología en España», Antonio Perpiñá, incluirá a los sociólogos exiliados. Conocían, pues, sus obras, los académicos que habían permanecido en interior y que hacían sociología. En el mismo sentido, Ayala participa en dos polémicas importantes que tendrán una cierta repercusión tanto en el interior como en el exilio: una en torno al concepto de generaciones (con Julián Marías y Laín), y otra en torno al problema de España (con Sánchez Albornoz y Américo Castro). El célebre ensayo de Ayala «Para quién escribimos nosotros» [1948] ha sido considerado como una de las primeras piedras que contribuyeron a activar el diálogo entre exilio e interior, y el artículo de Aranguren «La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración», otro miembro de la *Generación de la Guerra,* como la primera respuesta desde dentro de España (Cfr. Gracia, 2004: 256-258). Algunos intelectuales exiliados pudieron publicar, de cuando en cuando, en revistas españolas, junto con los intelectuales que permanecían en el interior. Por ejemplo, en la segunda época de la *Revista de Occidente* siguieron escribiendo muchos de los autores que habían colaborado en la anterior: Garagorri, Marías, Zubiri, Pedro Laín, y desde el exilio José Gaos, María Zambrano, Francisco Ayala, Américo Castro, etc. (Lasaga Medina, 2002: 53). Por otra parte, y en el mismo sentido, en la *Generación de la Guerra* las citas de unos a otros abundan, independientemente de la condición de exiliado o sociólogo en el interior. Las ideas y teorías de unos y otros se verán enriquecidas por una constante discusión, a veces implícita, entre todos. Así, por ejemplo, Ayala citará y discutirá las ideas de Medina y Arboleya; Lissarrage las de Medina y, sobre todo, las de Recaséns; Recaséns las de Ayala, Medina, Julián Marías, etc.

Pese a pertenecer a una misma generación, ello no obsta para que haya notables diferencias (intelectuales, ideológicas, etc.) entre un grupo de autores y otros. De hecho, en algunos casos las distancias entre unos y otros (protagonistas de la Guerra Civil y/o de sus secuelas) es insalvable. En Lissarrague, Perpiñá o Legaz Lacambra, por ejemplo, la importancia de la religión, y la inclusión del dios católico (e incluso de la tradición filosófico-teológica) supondrá un peaje probablemente excesivo cuyo origen quizá se deba al contexto social inmediato, la España nacional-católica y franquista, que lastra buena parte de sus aciertos. Hay, desde luego, otras líneas menos lastradas (las de Arboleya, Tierno, Aranguren o Marías) dentro de la sociología en el interior, y sobre todo hay una evolución mediante la cual se ve cómo dichos lastres, en algunos autores, van siendo abandonados con el transcurrir de los años. Por otro lado, debido, entre otras cosas, a sus propias y muy diferentes experiencias (la derrota en la Guerra Civil, la experiencia del exilio, el contacto con otras culturas dentro del mundo hispánico), van a aparecer unas influencias decisivas en las vidas y en las obras de los sociólogos que tuvieron que partir al exilio.

Algunos sociólogos en el interior

La historia de la *Generación de la Guerra* está todavía por hacer; sería un trabajo interesante, pero es otro libro. Aquí solamente podemos dar unas indicaciones generales, apuntar las características comunes de la nueva posición que hicieron exitir en conjunto. Pero, evidentemente, no solamente se podría sino que se debería hilar más fino si prestáramos atención a los distintos autores uno por uno, o tal vez agrupándolos en función de su ideología, su participación políti-

ca en la Guerra Civil y en la posguerra o incluso a través de su relación con la sociología. Las actitudes políticas iniciales e incluso la evolución de unos y otros en este terreno son muy variadas y poco tienen que ver Julián Marías, López-Aranguren o Tierno Galván con Conde, Legaz Lacambra o Perpiñá. Pero ése, como decimos, es otro libro. No podemos hablar de todos ellos, pero sí merece la pena que nos detengamos en algunos de los sociólogos que permanecieron en el interior con el fin de contextualizar las obras que desde el exilio hacían los «sociólogos sin sociedad». Unas breves indicaciones, relativas a tres autores poco estudiados, al tiempo muy cercanos (teóricamente) y muy alejados (políticamente) a los «sociólogos sin sociedad», serán suficientes por el momento, aunque a lo largo de este libro irán apareciendo más nombres de esta generación e incluso discutiremos algunas de sus ideas y teorías.

Luis Legaz Lacambra llegaría a ser director de la Escuela de Sociología de la Universidad de Madrid, en los años 60, así como vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología (Del Campo, 2001). En uno de sus textos importantes, «Sociología y filosofía» (Cfr. Legaz Lacambra, 1944), analiza a algunos de los sociólogos clásicos que también serán estudiados por los «sociólogos sin sociedad»: Comte, Durkheim, Simmel, Max Weber o Freyer. Legaz en sus *Estudios de doctrina jurídica y social,* al tiempo que, según Perpiñá (1944b: 263), continuaba su «loable empresa de suministrar un fundamento doctrinario y teórico a la política del Estado nacionalsindicalista», llenaba su libro de «preocupaciones sociales y sociológicas», siguiendo a autores como Hermann Heller o Carl Schmitt. Incluso cita a Medina Echavarría, junto con von Wiese y Magnino como autoridades sociológicas en relación a Comte y el origen positivista de la sociología. De hecho, el argumento principal de este artículo está en la línea de la propuesta de Medina en *Sociología: teoría y ténica.* Legaz propone también una suerte de división del trabajo intelectual entre la sociología («estudio de la realidad») y filosofía («conocimiento de la persona»). Esta división disciplinar viene una vez más a confirmar la intención de marcar límites, así como la intención de encontrar un lugar apropiado para la disciplina sociológica. Al contrario, no obstante, que Medina, Legaz impregna esta división disciplinar de un catolicismo propio del nuevo régimen nacional-católico franquista; curiosamente será la filosofía la que necesite ser cristiana, mientras que la sociología puede ocuparse de estudiar la realidad:

> yo creo que España —dice Legaz—, que ha vivido una de las experiencias más terribles en que se ha hallado el hombre moderno, pero que ha salvado, con tantas otras cosas, su fe en los valores eternos, sin los que no es posible la justificación y aun la explicación de la vida, es campo abonado para que despierte a su nueva especulación metafísica de signo cristiano tanto como al pensamiento sociológico, porque uno y otro estarán hermanados en la raíz de donde todo saber procede, pero no interferirán en la línea de sus métodos y objetivos concretos (Legaz Lacambra, 1944: 56-57).

Antonio Perpiñá fue catedrático de Sociología en el Instituto Social León XIII de Madrid (adscrito a la Universidad Pontificia de Salamanca), se declara a sí mismo, en tercera persona, «plenamente dedicado al estudio de la Sociología y su enseñanza desde hace más de veinte años, su obra alcanza cerca del centenar de títulos y representa —o quiere representar— la resistencia a la tiranía del empirismo que actualmente invade España» (Perpiñá, 1968: 1180). En 1944, en un artículo temprano, Perpiñá venía a reivindicar la «necesidad del conocimiento sociológico y [la] necesidad de la enseñanza científica a través de la universidad» (Perpiñá, 1944a: 37). La reivindicación de Perpiñá tenía un ámbito específico: se trataba de llamar la atención sobre la necesidad de los juristas de adquirir conocimientos de sociología, cursando para ello algunas asignaturas de esta disciplina. Aunque la sociología era, según Perpiná, una ciencia joven (algo que no puede extrañarnos), en cuanto ciencia sustantiva, gracias a la desdiferenciación disciplinar había logrado ya un éxito notable, dado que se había infiltrado en otras disciplinas: «inconscientemente, incluso a regañadientes, la enseñanza universitaria se ha ido matizando del color propio de aquélla y muchos juristas, filósofos e historiadores, al explicar sus materias, hacen sociología sin saberlo» (Perpiñá, 1944a: 49-50).

Salvador Lissarrague, otro de los miembros de esta generación, es también con frecuencia olvidado, a pesar de formar parte de la historia institucional de la sociología en España, pues fue catedrático de Sociología y Metodología y Sistemática de las Ciencias Sociales (Cfr. Martín López, 1998: 42). Seguramente cuestiones relacionadas con la búsqueda de «pureza» institucional han relegado a Lissarrague, como también a Aranguren, que fue catedrático de Ética y Sociología (Cfr. Del Campo, 2001: 175), a un lugar menos destacado en la historia de la sociología española; al menos en las historias de la so-

ciología hechas desde la óptica «institucional». De hecho, el propio Lissarrague prefería decir que se movía en un terreno que abarcaba dos disciplinas: Filosofía Social y Sociología General (Cfr. Lissarrague, 1998: 91). Algo que en síntesis denomina teoría social. En su obra *Bosquejo de teoría social* (1966) propone, al menos retóricamente y para cubrirse las espaldas, como veremos, esta práctica de una sociología desdiferenciada y pretende incluir cuestiones que, a su juicio, pertenecen al terreno disciplinar de la filosofía social. No obstante, la desdiferenciación de disciplinas es una característica fundamental de la sociología española desde, al menos, el primer tercio de siglo. Esta obra de Lissarrague forma parte de esta tradición, y se ajusta con precisión a las características generales de la *Generación de la Guerra*. Lissarrague se autodenomina discípulo de Ortega y Gasset, recoge también las principales corrientes e ideas de la sociología alemana e incluso conoció a Hermann Heller, puesto que acudió al curso que éste dictó en Madrid, y mantuvo una estrecha relación intelectual y personal con Recaséns Siches. Recaséns Siches fue profesor, primero, en Santiago de Compostela, de Lissarrague, y, posteriormente, maestro y amigo (Cfr. Truyol, 1998: 11). Con Ortega entra en relación también primero como alumno, y después gracias a su participación en un seminario que llevaba por nombre «Estructura de la vida histórica y social», al que asistían Recaséns, García Valdecasas, José Gaos, Julián Marías, Maravall, Rodríguez Huéscar y María Zambrano (Cfr. Truyol, 1998: 13). Según señala Truyol, «en aquel seminario se inició también una larga y amistosa relación con Ortega, cuyo pensamiento dejaría una profunda huella en el de Lissarrague, que siempre sintió por el maestro, y así lo manifestó públicamente en todas las circunstancias, una especial veneración». Es precisamente en este seminario donde comienza «su dedicación a los estudios de la realidad social», según ha señaló él mismo. En cuanto a Heller, Lissarrague fue uno de los asistentes al curso que en los años 30 el alemán dio en Madrid, junto a, entre otros, Truyol, Manuel García-Pelayo, Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall (Cfr. Truyol, 1998: 31).

Así pues, magisterio de Ortega, formación inicial germánica, y conocimiento de los miembros de la generación son los puntos de partida de Lissarrague, que también, igual que Medina o Arboleya, hará un esfuerzo importante por incorporar a sus análisis el pensamiento sociológico norteamericano, tal y como puede verse en el *Bosquejo*, en el que son discutidas ideas y teorías de, por ejemplo, Merton o Parsons. Tal y como ha señalado Martín López (1998: 40), pese a dedicarse fundamentalmente a la teoría, Lissarrague proponía que el modo adecuado de enfocar el estudio de la sociedad se basaba en una síntesis, mutuo apoyo y colaboración entre la teoría y la técnica.

Como decíamos, Lissarrague caracteriza su trabajo como un producto intelectual a mitad de camino entre la sociología y la filosofía social. Esta advertencia, situada en el pórtico del *Bosquejo de teoría social*, responde, a nuestro juicio, a una justificación obligada en el contexto sociológico español de los años 60. Hoy difícilmente tendría sentido esta distinción, y menos aún cuando se maneja el texto de Lissarrague, en el que encontramos una elaborada teoría sociológica. Lo que quería decir Lissarrague es que no había hecho un trabajo de sociología empírica de corte norteamericano, a pesar de que maneja numerosos estudios cuantitativos y cualitativos provenientes de aquel entorno. En trabajos previos, Lissarrague, según señala Martín López, había seguido demasiado de cerca las ideas sociológicas de Ortega, sobre todo en lo referente a qué es lo social, y, como consecuencia, qué debe estudiar la sociología. En concreto, según la lectura que parece haber hecho Lissarrague de la sociología histórica de Ortega, bastante discutible por otra parte, lo social serán las imposiciones de «la gente», frente a la creatividad y unicidad no social de «el hombre». En estos primeros textos la confusión de disciplinas no es tanto una retórica como una realidad. Sin embargo, este tipo de argumentos ya han desaparecido absolutamente en el *Bosquejo*, publicado en 1966, que parece culminar la trayectoria intelectual de Lissarrague. El *Bosquejo* está dividido en dos partes: «La consistencia de la sociedad» y «La contextura de la sociedad.» La primera de ellas, es, en realidad, un ejercicio creativo de sociología de la sociología, o, según Martín López (1998: 53), una «metateorización del pensamiento sociológico». En función a dos criterios básicos (articulación de los individuos en la sociedad y la modalidad de la vida), Lissarrague propone una tipología que clasifica las teorías sociológicas, al tiempo que propone cuál debe ser el enfoque teórico adecuado de una teoría sociológica, y discute con el resto de los enfoques.

En la segunda parte del libro, «La contextura de la sociedad», desarrolla Lissarrague su propuesta. Según el autor la convivencia se compone de tres factores: factores básicos previos, elementos y ámbitos. Lo interesante de los factores básicos previos, previos a lo social o a la sociedad, es el intento de Lissarrague por salvar al individuo del

sociologismo. Se trata de rescatar la «personalidad individual» de lo social. Es una apuesta teórica paralela a la de otros miembros de esta generación, y también a Ortega, aunque se presente de un modo probablemente menos elaborado teóricamente, puesto que late tras ella una suerte de esencialidad que asomará, aquí y allá, en el trabajo de Lissarrague siempre que se refiera al sujeto y también cuando introduce en su discurso al catolicismo, la Iglesia y la «verdad» de Dios. Además de los factores básicos previos, en la realidad social, siempre según Lissarrague, encontramos «elementos». Los elementos pueden ser actitudes, actos o pautas. Actitudes y actos son elementos subjetivos y las pautas son elementos objetivos. Si mantenemos la atención sobre el individuo en la teoría de Lissarrague, nos volvemos a encontrar con los presupuestos fundamentales de este autor. Así, los actos sociales, que son en su definición cualquier comportamiento basado en un proyecto intelectivo y realizado desde una decisión libre, pueden ser de estricta convicción («aquellos que radican en la elección de cada cual y se combinan en función de la misma»; Lissarrague, 1998: 187) o de neto ajustamiento («aquellos que se realizan en virtud de pautas coercibles que articulan la convivencia misma»; Lissarrague, 1998: 187).

Hay en esta segunda parte del texto una atención muy especial a tres temas fundamentales, en los que Lissarrague, probablemente, llegue a sus mayores aciertos: el poder, la «mera trama» social y los grupos sociales. Las categorías que Lissarrague había definido en la primera parte del libro vuelven a escena y sirven para tratar de analizar estos fenómenos. Tal vez lo más interesante sea la atención que presta a los grupos sociales y a las relaciones difusas, a las conexiones simmelianas podríamos decir, que suceden en el mundo social. Tras desarrollar una compleja tipología sobre lo que él denomina los «ámbitos de la vida», llega Lissarrague a explicar uno de los tipos, los «ámbitos integrados»: «los ámbitos integrados de la convivencia constituyen la trama social. La trama social es precisamente la sociedad entera, en su estructura y funcionamiento» (Lissarrague, 1998: 274). La trama social engloba todos los ámbitos y se puede dividir en dos modalidades: la no formalizada y la formalizada: «La primera puede designarse como "mera trama"; la segunda es el grupo social» (Lissarrague, 1998: 274). Según Lissarrague, la «mera trama» es

> un trozo, en efecto, entero y real, pero difuso de la convivencia (...). Se trata de la conexión de actividades de diverso orden, enlazadas a través de los individuos que participan en las mismas. Si alguien sale de su casa, toma un autobús, participa en el trabajo de su oficina, asiste en un templo a un acto religioso, actúa en un sindicato, acude a una instalación deportiva y a un teatro, esos ámbitos sociales aparecen conectados por el hilo de su tránsito por los mismos (Lissarrague, 1998: 274).

No hemos querido demorarnos en examinar la serie de tipologías y de categorías que Lissarrague desarrolla en cada página, solamente perfilar algunos de sus supuestos básicos y destacar algunos de sus intereses fundamentales (como la «mera trama» social o el grupo). Este *Bosquejo de teoría social* no responde adecuadamente a su título, puesto que se trata de un intento, llevado a cabo con mayor o menor éxito, de teorización sociológica rígida. Los problemas que se examinan no quedan apuntados, insinuados, sino que el propio objetivo del texto es explicar la vida social y agotar en innumerables tipologías (que se organizan, sin embargo, en función a tres ideas fundamentales: convivencia, vida de neto ajustamiento y vida de estricta convicción) la realidad social. Sucede en este *Bosquejo* lo inverso a lo que resulta tras leer el *Tratado de Sociología* de Francisco Ayala. Si el primero no es, en realidad, un *Bosquejo,* sino un esfuerzo de Gran Teoría llevado a cabo desde unas pretensiones de «verdad» a veces difícilmente comprensibles y que además se resquebraja continuamente cuando Lissarrague aborda dos temas polémicos, la religión católica y el individuo, el *Tratado de Sociología* tampoco será un tratado al uso, sino más bien un bosquejo. Pero no nos anticipemos, nos ocuparemos del *Tratado,* por extenso, un poco más adelante.

Los sociólogos sin sociedad: Recaséns, Medina y Ayala

Los «sociólogos sin sociedad» nacieron en los primeros años del siglo XX; Medina y Recaséns en 1903 y Ayala en 1906. Vivieron la Primera Guerra Mundial siendo niños o adolescentes, como recuerda Ayala en sus memorias, *Recuerdos y Olvidos.* Se formaron en España durante los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera, ampliaron estudios en el extranjero (Ayala en Alemania; Medina en París y Marburgo; Recaséns en Roma, Berlín y Viena) y vivieron intensamente la Segunda República. Tanto Francisco Ayala como José Medina fueron Letrados de las Cortes de la República, y Reca-

séns apoyó desde principios de los años 30 la instauración de una República en la que luego llegaría a ser diputado en las Cortes. Durante la Guerra Civil, Medina y Ayala desempeñarán cargos diplomáticos en favor de la República en embajadas españolas en países de Europa del Este: Medina en Varsovia (1937-1939) y Ayala en Checoslovaquia (unos ocho meses, según sus propias palabras; Ayala, 2001: 214-225).

La Guerra Civil y el exilio serán dos circunstancias que condicionarán en buena medida la forma de comprender el mundo y las sociologías de estos autores. También resultarán cruciales el ascenso de los regímenes totalitarios en la Europa de los años 30, la Segunda Guerra Mundial, y el orden mundial posterior en el que dos grandes superpotencias se reparten la tierra, y se enfrentan en una «guerra fría». Temas como la función y la responsabilidad de los intelectuales o aspectos y problemas relacionados con la libertad serán constantes en sus obras.

Antes de la Guerra Civil los tres eran profesores universitarios, e incluso habían publicado algunos textos más o menos importantes. Así, Medina fue profesor de filosofía del derecho en la Universidad de Murcia, desde 1934, y catedrático en la Universidad de Madrid hasta 1936; Recaséns, de «1928 a 1936 desempeñó la cátedra de Filosofía del Derecho en las Universidades de Santiago, Salamanca, Valladolid y Madrid» (Castillo, 2001: 152); y Ayala colaboró en la cátedra de Adolfo Posada en la Universidad Central de Madrid, y en 1934 ganó la cátedra de Derecho Político en la Universidad de La Laguna.

La Guerra Civil

La Guerra Civil supondrá una ruptura en la sociedad española, y el fin de una época en el mundo cultural que, en ocasiones, se ha llamado Segunda Edad de Oro o Edad de Plata de la cultura española. Por supuesto, las consecuencias de la Guerra también fueron fundamentales en el desarrollo de la sociología tanto en España como en Latinoamérica. Se ha escrito: «la guerra civil supone, en definitiva, el fracaso del reformismo modernizador que creyó encontrar en la europeización el vehículo para aproximar España a una Europa entendida como símbolo de las aspiraciones de laicización y de progreso científico y técnico, pero también de modernización social, democratización de las estructuras políticas y progreso económico» (Moreno Juste, 1998: 547).

La emigración española a América (que fue en concreto donde, en principio, desembarcaron los «sociólogos sin sociedad») tal y como nos dice Javier Tusell (1994: 582), «fue un exilio masivo y de sectores dirigentes desde el punto de vista intelectual, algo que hasta entonces no se había dado. En determinadas áreas como la poesía, las ciencias o el pensamiento quienes emigraron representaban una porción trascendental de la cultura española, por lo que la sociedad española se vio mutilada por la desaparición de esas personas», y las sociedades receptoras se vieron enriquecidas. En concreto, se cifra entre doscientos mil y medio millón de españoles el número de quienes tuvieron que exiliarse, de los cuales aproximadamente cinco mil eran intelectuales[3]. De hecho, tuvieron que exiliarse: 2 Premios Nobel; 462 profesores de Universidad, Liceos, Institutos, Normales y Escuelas Especiales; 208 catedráticos; y 109 escritores y periodistas[4]. Muchos de los exiliados pudieron rehacer sus vidas o proseguir con sus tareas intelectuales en los países de acogida, y allí desempeñaron un papel importante en las universidades y en la vida cultural en general. Los intelectuales exiliados españoles van trazando un entramado de redes de colaboración y solidaridad que les permitirá asegurar tanto los ingresos mínimos para la subsistencia como la promoción de unos y otros en distintos ámbitos y países. Con el paso del tiempo, algunos de los exiliados republicanos o sus trabajos fueron regresando a una España que poco a poco iba haciéndose menos represiva.

Así pues, debido a las consecuencias de la Guerra Civil, a la victoria de los rebeldes franquistas, un elevado número de intelectuales y ciudadanos republicanos tuvieron que marcharse de España. Tal fue el caso, entre otros muchos cientos de miles de ciudadanos, varios

[3] 500.000 personas y 5.000 intelectuales son datos provenientes de Andrés-Gallego, Luis de Llera, Juan Velarde y Nazario González (1989: 581). Sin embargo, José Luis Comellas (1995) estima que el número de exiliados permanentes se reduce a 200.000 españoles. Obviamente no vamos a detenernos en este debate, pero sí señalamos una tercera opinión, la de Antonio Moreno Juste (1998: 546), que proporciona estas cifras: «unas 500.000 personas marcharon al exilio (165.000) de forma definitiva y unas 300.000 pasaron por las cárceles franquistas tras el fin de la guerra».

[4] Datos de Juan Mestre que recoge Abellán (1989).

miles de intelectuales y más de doscientos catedráticos, de los «sociólogos sin sociedad». Tal y como señalaron J. de Miguel y Moyer (1979), ningún fenómeno social en la reciente historia de España, y especialmente la sociología, puede ser explicado sin referirse a las cuatro décadas de represión intelectual que impuso el régimen de Franco. A su juicio, la sociología en España durante ese período fue una víctima de la sociedad. Desde luego, queda patente este hecho cuando hacemos un somero repaso a la situación previa a la Guerra Civil (con cuatro generaciones de intelectuales del más alto nivel produciendo sus trabajos) y observamos también el elevado número de exiliados, así como las consecuencias que trajo el nuevo régimen, la censura y su ideología nacional-católica para algunos de los intelectuales que permanecieron en España.

El Exilio

La experiencia del exilio será también fundamental en sus obras y en sus vidas por varios motivos. Se decantarán, durante los primeros años, por temas abstractos y teóricos, algo motivado quizá por la condición de «sociólogos sin sociedad» que ha acabado por caracterizarles. Así lo entendió Arboleya: «La sociología sin sociedad tuvo que desarrollarse, desterrada de sí misma, sobre todo en grandes obras sistemáticas. Esto le hizo descansar en figuras aisladas, extrañas, en cierto modo, a las investigaciones concretas que pudieran suscitar» (Arboleya, 1982: 686). Por otra parte, entran en contacto profundo con las culturas hispanas de allende los mares, y descubren «la condición planetaria de la cultura española» (Tusell, 1994: 582). Aunque veremos la importancia determinante que tiene la concepción de la cultura hispánica en la sociología de Ayala, ya podemos adelantar que estos autores integrarán a la cultura hispánica de una forma muy principal incluso en sus propias elaboraciones teóricas.

Como consecuencia del exilio, quedan, en principio, desconectados de la sociología española y la recepción de sus obras será marginal, con las excepciones quizá de *Sociología: teoría y técnica* (1941), de Medina Echavarría, obra que según Salustiano del Campo (2001: 177) «fue muy leída en España», pero también del *Tratado de Sociología* (1947) y de la *Introducción a las Ciencias Sociales* (1952), que se publicó en España, obras ambas de Francisco Ayala. Este punto precisa ciertas matizaciones. Hemos tenido que dedicar unas palabras para tratar de reintegrar a estos sociólogos exiliados en la generación a la que pertenecen; normalmente aún hoy se les desvincula de los miembros de su generación. El conocimiento en el interior de la península de las obras de estos autores sólo es posible en una medida escasa desde que el régimen franquista se relaja en cierto modo, y se va permitiendo de hecho la entrada más o menos clandestina de estos textos o incluso su publicación sin censura. En todo caso, ni siquiera a partir de los años 60 se llega a un conocimiento adecuado de sus trabajos, que en gran medida suelen ser desconocidos o ignorados por los sociólogos, por los nuevos sociólogos que se vuelcan en la recepción de la sociología de cuño norteamericano, y para quienes, por distintos motivos, estos autores no son más que antecedentes remotos, pre-sociólogos o filósofos sociales que despiertan, en el mejor de los casos, una cierta admiración, pero no son tomados como referentes teóricos. Como dirá José Castillo (2001: 130): «nunca los tuvimos por nuestros *clásicos,* ni tan siquiera protocolariamente»; «tuvimos a nuestro alcance sus obras y las desdeñamos».

Los «sociólogos sin sociedad» se convierten en traductores ocasionales de textos fundamentales de la sociología mundial, de otras disciplinas o de obras literarias; Ayala llegará incluso a teorizar sobre la traducción en 1946 con la publicación de *Breve teoría de la traducción.* Como es sabido, debido a la existencia de la censura en la España franquista, era imposible traducir ciertos libros o incluso publicarlos en nuestro país. La importancia de la labor traductora y divulgadora desempeñada por estos y otros autores para las sucesivas generaciones de sociólogos españoles que incluso hoy siguen leyendo sus traducciones es esencial. Y tampoco hay que menospreciar su importancia general en el recién descubierto por ellos ámbito hispánico. En esos contextos la labor traductora acercará a numerosos sociólogos e intelectuales obras capitales del pensamiento y la literatura mundial. Destaca fundamentalmente la traducción de *Economía y Sociedad* de Max Weber dirigida por Medina Echavarría, edición que todavía sigue reeditando el Fondo de Cultura Económica, gracias a la cual multitud de estudiantes, profesionales de la sociología, intelectuales y el público culto en general han podido acceder a la obra capital de Weber. Respecto a la labor intelectual y traductora de Medina y su repercusión en Latinoamérica ha señalado el sociólogo y expresidente brasileño Fernando Henrique Cardoso que «hizo posible

el acceso a Weber y a tantos otros, traducidos primero al castellano que al francés o al inglés, a los latinoamericanos bárbaros como yo, analfabetos en alemán. Comenzó a enseñar el abc del método sociológico y propuso la síntesis entre los pensadores y los científicos» (Cardoso, 1982: 114). También son importantes las traducciones de *El hombre y la sociedad en la época de crisis* de Karl Mannheim, *¿Qué es el tercer Estado?* de Sièyes o *Teoría de la constitución* de Carl Schmitt, todas de Francisco Ayala, o la traducción de *Historia de la cultura* de Alfred Weber y el *Compendio de Teoría General del Estado* de Kelsen, ambas de Recaséns Siches (Cfr. Recaséns, 1964: 683).

Medina, Recaséns y Ayala formaron parte importante de la sociología de los países de acogida, mediante la divulgación de la sociología clásica y contemporánea (fundamentalmente la alemana y del Ortega sociólogo), mediante la traducción y mediante la teorización propia. Tanto Recaséns como Ayala publicarán estudios monográficos sobre sociólogos alemanes; sobre Wiese el primero, sobre Oppenheimer el segundo. Contribuyeron, por tanto, a desarrollar la disciplina desde sus puestos académicos, sus trabajos en revistas especializadas, sus artículos en la prensa general, gracias a la influencia de la que gozaron en las sociedades que les acogieron. Por ejemplo, Ayala publicó en el diario *La Nación* artículos sobre Max Weber o la sociología histórica con total naturalidad. Entre sus artículos de los años 40, los lectores de *La Nación* podían encontrarse reflexiones sobre «Dilthey y la sociología» (4 de junio de 1944), «Max Weber» (12 de noviembre de 1944), «La moda y los sociólogos: Spencer» (25 de marzo de 1945) o «la interpretación formalista de la moda: Simmel y Kroeber» (22 de abril de 1945). Todavía en 1959, decía el sociólogo argentino Alfredo Poviña (Poviña, 1959: 98-99) que la influencia de Ayala y de su *Tratado de Sociología* estaban presentes en Argentina.

Luis Recaséns Siches

Me gustaría detenerme muy brevemente en la obra de los otros dos «sociólogos sin sociedad»: Recaséns Siches (1903-1977) y Medina Echavarría (1903-1977). Ambos autores, casi desconocidos para el público culto, son dos intelectuales imprescindibles del siglo pasado, dos clásicos muy principales de la sociología española e iberoamericana, y representan también, junto a Ayala, el talento

y los numerosos problemas a los que tuvieron que enfrentarse los exiliados.

Luis Recaséns Siches (1903-1977), que ha venido apareciendo en páginas precedentes y que volverá una y otra vez en las que siguen, fue un encendido defensor del advenimiento de la Segunda República, a la que apoyó mediante discuros en la Academia de Jurisprudencia de Madrid y la publicación de los mismos. Una frase certera e irónica de Recaséns resume perfectamente su posición: «en la Monarquía española no tiene ya fe ni siquiera su propia servidumbre» (Recaséns, 1931: 131). Posteriormente sería diputado en las Cortes Republicanas, primero con el partido de Miguel Maura, Derecha Liberal Republicana (a partir de agosto de 1931, Partido Republicano Progresista), y luego con el Partido Republicano Conservador, también encabezado por Maura. Esta actividad pública le supuso algunas enemistades. Pero también algunos cargos, ya que al ser nombrado Maura ministro de gobernación, Recaséns se convirtió en su mano derecha, hasta que en 1934 dejó el partido y se unió al Partido Radical Demócrata que se convertiría posteriormente en la Unión Republicana, más a la izquierda que los partidos en los que había militado hasta entonces. Fue, Recaséns, una persona exuberante, a juicio de Ayala, y un profesor joven que ascendió rápidamente en el mundo académico. En 1936, cuando estalla la Guerra Civil, Recaséns parte hacia el exilio. Volverá a España en los años 60 y se reintegrará en la vida social española de una manera un poco complaciente con el Régimen franquista, algo que provocó la crítica de algunos de sus contemporáneos.

Según nos cuenta, Recaséns (1948: XXX-XXXI) se había sentido atraído por la sociología desde sus «años mozos», pero solamente se trataba de «una atracción de curiosidad», hasta que en 1932 se convence de la necesidad de fundamentar mediante la sociología la superación del momento presente en la filosofía de derecho (disciplina que gozaba de su atención principal), «y entonces fue cuando se desenvolvió en mí [dice Recaséns] de modo auténtico —ya no tan sólo como curiosidad— la vocación hacia la sociología». Según declara se puede encontrar ya esta vocación sociológica en sus *Estudios de Filosofía del Derecho* (1935). En 1934 dicta una serie de conferencias con el título «Sociología» en la Universidad Internacional de verano de Santander. En 1937, dicta un curso extraordinario en la Universidad Autónoma de México sobre «El concepto de lo colectivo». Y desde 1939 la misma universidad le encarga dictar cursos

ordinarios de Sociología, que simultanea con los cursos de Filosofía del Derecho.

De la obra de sociológica de Recaséns es preciso destacar varios libros: *Vida humana, sociedad y derecho* (1939), *Wiese* (1943), *Lecciones de Sociología* (1948) y el *Tratado General de Sociología* (1956).

El *Tratado General de Sociología* (Recaséns, 1967 [1956]) es una obra que pretende ser la obra sociológica definitiva de Recaséns, y probablemente lo sea. No exagera Abellán cuando afirma que Recaséns es el más orteguiano de los intelectuales exiliados, y, desde luego, a mi juicio, el más orteguiano de los «sociólogos sin sociedad». Su *Tratado* está plagado de citas, comentarios y transcripciones de las obras de Ortega, en sus propias palabras, su «maestro venerado, a quien debo lo mejor que haya en mi vida intelectual» (Recaséns, 1967: 25). Pero aún más la propia concepción de la disciplina es excesivamente deudora de los planteamientos de su maestro. Tampoco faltan, desde luego, influencias del ámbito germánico de la sociología, y también es patente el esfuerzo de Recaséns por incorporar algunas de las aportaciones de la sociología norteamericana.

Según Recaséns, «el estudio sociológico debe ser *científico* (...) debe ser un estudio analítico que suministre una adecuada *comprensión* y *explicación* de los hechos sociales» (Recaséns, 1967: 7). Es importante recalcar que para Recaséns es la ciencia se aleja en buena medida del naturalismo y de la mera recolección de datos mediante sofisticadas técnicas de investigación. La sociología es una ciencia, a su juicio, pero una ciencia con sus propias peculiaridades y que, por tanto, debe tratar de comprender e interpretar, con ayuda de la teoría, la realidad social. La sociología no es una ciencia natural, al estilo de la física, y por tanto no se puede hablar en ella de leyes naturales, sino únicamente de *«regularidades* o generalizaciones con un amplio margen de excepciones» (Recaséns, 1967: 135). Son, según Recaséns, leyes tendenciales (siguiendo a Richard), probabilidades típicas (siguiendo a Weber) o leyes de masa (que no atienden a las singularidades individuales).

La sociología, según expone apoyándose en Ayala, se diferencia de la historia, ya que la primera se ocupa de conceptos generales, de tipos, de regularidades, no de describir acontecimientos concretos y singulares. También se empeña Recaséns en diferenciar la sociología de la filosofía social, igual que habían hecho a su vez Ayala y Medina. La diferencia fundamental entre sociología y filosofía social, según Recaséns, es que la primera se ocupa del *ser* y la segunda del *deber ser*.

No obstante, Recaséns mantiene una posición más orteguiana con respecto la necesidad de la sociología de nutrirse de la filosofía, fundamentalmente para indagar acerca de qué sea lo social. Esto le distancia de sus compañeros de grupo, que se muestran más tajantes a este respecto. El propio Recaséns es consciente de esto, buen conocedor de la obra de Ayala y Medina, y mientras que cita como apoyos a su propuesta a Ortega, Marías y Posada (entre otros), solamente destaca a Medina como el representante del punto de vista contrario, «que quiere cortar toda relación entre Sociología y Filosofía» (Recaséns, 1967: 14). La filosofía política, la filosofía social y la filosofía jurídica, a pesar de ser disciplinas distintas de la sociología, tienen, según Recaséns, que jugar un papel importante en sociología para evitar que la sociología se convierta en una ciencia sin ética.

Para Recaséns la convivencia es la nota esencial de la vida en sociedad. El hombre se encuentra con el otro, y a partir de ahí configura su idea de sí mismo, de la sociedad, y del mundo a su alrededor. Por esta razón concede mucha importancia a los grupos sociales. Recaséns que parte de un «individualismo metodológico», afín al de Ortega y Ayala, concibe las relaciones sociales como interacciones, que, en última instancia, son interacciones de individuo a individuo. El hombre, por tanto, es el punto de partida de Recaséns, o como él mismo dice, el hombre «es el centro, el agente y el objeto de todas las llamadas actividades sociales. En efecto, los hechos sociales del hombre salen, y a él van a parar» (Recaséns, 1964: 109). La importancia de los individuos radica también en que éstos tienen capacidad para elegir entre diversas opciones; no son autómatas que simplemente actúan sin saber muy bien lo que hacen y movidos por fuerzas superiores a ellos. Recaséns señala que la vida humana objetivada no tiene una realidad substante propia: «No hay un espíritu objetivo como realidad substante; no hay un alma nacional ni colectiva con existencia propia, distinta de las almas individuales. Esos objetos no son espíritu objetivo aparte, sino objetivaciones del espíritu de sujetos humanos. La cultura no vive por sí misma; antes bien es algo que fabrican los hombres. Ya fabricada, queda ahí, tal y como fue hecha, fósil, petrificada» (Recaséns, 1964: 166). La sociedad, por tanto, no es tampoco una realidad substantiva, sino que es una realidad modal y relacional: «la realidad de la sociedad consiste en una serie de peculiares modos de vida y además en unas peculiares relaciones interhumanas» (Recaséns, 1967: 187). La única realidad substante es, según Recaséns, el individuo.

Los peculiares modos de vida de los que habla nuestro autor son dos: los individuales y los no individuales. El modo de vida individual entra en escena cuando el individuo vive con «radical originalidad», son modos de vida creados por él y llevan el sello de la singularidad. En cambio, el modo de vida no individual supone que la mente o la conducta del individuo siguen unas directrices que no proceden de la radical originalidad del individuo; se trata de cuando el individuo sigue el obrar interindividual (o la conducta de otros individuos) o el obrar colectivo (o la conducta de otros individuos en tanto que miembros de un grupo). Para Recaséns incluso los modos colectivos provienen del individuo, ya que aunque hoy exista un modo colectivo de conducta, ésta tuvo que ser creada por algún individuo en el pasado. Y con los modos colectivos de pensamiento sucede los mismo, ya que los únicos sujetos capaces de pensar son, de nuevo, los individuos. Según escribe solemne y tajante, «la cosa no tiene discusión posible» (Recaséns, 1967: 247). Siguiendo esta línea argumental no le resultará difícil oponerse a la idea del «alma colectiva» y del «espíritu nacional», algo que venían haciendo Heller desde los años 30 y con mayor insistencia Ayala desde *Razón del Mundo* (1944).

Resumiendo, para Recaséns el hombre es esencialmente social, y gracias a esto puede servirse de lo que otros hombres han hecho en el pasado, y, de hecho, debe de habitar en el mundo que éstos le dejan; es la herencia social del hombre de la que hablaba Ortega. Pero como además el hombre es esencialmente individual, es capaz de liberarse del pasado, de actuar, de ser protagonista de la historia. La combinación de ambas ideas lleva a Recaséns a constatar que «el hombre es esencialmente histórico» (Recaséns, 1967: 260).

José Medina Echavarría

Seguramente José Medina Echavarría (1903-1977) es uno de los sociólogos españoles clásicos más importantes. Medina vivió intensamente inmerso en los acontecimientos fundamentales de la pasada centuria, que marcarían de una manera profunda tanto su vida como su obra. Siendo adolescente, asistió al espectáculo relativamente lejano de la Primera Guerra Mundial (1914-1917), que fue el origen de la crisis espiritual y cultural del mundo occidental; crisis que alcanzaría en los años 30 un enorme auge intelectual. Se doctoró en 1931 en Derecho en la Universidad Central y fue profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Murcia (1934) y catedrático en la de Madrid (hasta 1936) en tiempos de la Segunda República, años en los que, además, fue Oficial Letrado de las Cortes (1932-1936). Asistió, por tanto, como un testigo excepcional a la crisis de los años 30 (la primera crisis de la razón y de la modernidad del siglo XX) tanto en su viaje a una Alemania paradigma de la descomposición de la cultura occidental (obtuvo una beca de la Junta para Ampliación de Estudios, gracias a la cual estuvo en Marburgo y París), como en la experiencia traumática del auge de los totalitarismos europeos que desembocó en la Guerra Civil Española (1936-1939), el triunfo del franquismo y la Guerra Civil Internacional. Durante la Guerra española ocupó cargos diplomáticos, del lado de la República, en la Embajada española en Varsovia (Polonia).

Probablemente, su repentino interés en la sociología, y su alejamiento consiguiente de la filosofía del derecho, fue ocasionado por la consciencia de estar viviendo un momento extremadamente difícil y confuso, y por una supuesta privilegiada relación de la sociología con los problemas inmediatos. Era preciso, pues, entender la realidad, y para intentarlo acudió Medina a la disciplina sociológica. Y, de hecho, en su definición de sociología, el compromiso con lo concreto y con lo histórico, con la realidad próxima, es una de las claves más importantes. Por tanto, lo que buscaba en la sociología era una manera de comprender el mundo mediante esta ciencia, aunque también perseguía encontrar una forma de tratar de dirigirlo racionalmente, situándose así en la línea de la Ilustración y la Modernidad, ideas que él encuentra especialmente en Comte. Así pues, empezó a estudiar la tradición sociológica y en el curso 1933-1934 dictó un curso de sociología en la Universidad Central, e incluso presentó un texto titulado *Introducción a la sociología contemporánea* en sus oposiciones a cátedra en la Universidad Central.

Como consecuencia de la derrota de la Segunda República, Medina, al igual que otros muchos españoles, tuvo que exiliarse; situación que le llevo a México, donde fue profesor de sociología, asesor del Fondo de Cultura Económica, director del Centro de Estudios Sociales del Colegio de México, y llevó a cabo numerosas traducciones, entre las que destaca la de *Economía y Sociedad* de Max Weber. En México, pues, Medina siguió pensando la sociedad, divulgando la

sociología alemana, y, también allí, publicó su obra *Sociología: teoría y técnica* (1941).

El punto de partida de la propuesta sociológica de Medina es, como decimos, la conciencia de la crisis y las amenazas a la razón. Medina llega a la convicción de que el mundo occidental, y con él la razón ilustrada y la modernidad, atravesaban un momento crítico. Una vez constatado esto, su respuesta es intentar reconstruir la razón (salvar la razón de la crisis), y opta, en primer lugar, por reconstruir la sociología, proponiendo para ello una serie de síntesis sucesivas. La sociología debe ser para Medina una ciencia basada en el equilibrio entre los trabajos teóricos y la recolección de datos mediante las modernas técnicas de investigación social. Ninguno de los dos extremos es bueno; ni «la especulación sin base» ni el «puro coleccionismo de datos» (Medina, 1982: 125). Se trata de una postura conciliadora y equilibrada, como vemos, que no encaja con la imagen (de «filósofo social») que, en ocasiones, se ha dado de Medina. La segunda síntesis se basa en desdibujar la falsa distinción entre naturaleza y espíritu, ya que el propio objeto de la sociología (el hombre en sociedad), nos obliga a contemplar tanto lo simbólico (mediante la *verstehen* weberiana) como lo natural (mediante la descripción durkheimiana; aunque Medina se fija más en la sociología norteamericana).

Siguiendo a Comte en este punto, encuentra Medina (1953: 215) una tercera síntesis, mediante la cual la sociología que es una ciencia teórico-empírica, es una ciencia total que es síntesis y cumbre de todas las ciencias (es una «articulación de perspectivas»), que es al tiempo heredera de la tradición humanista (la educación sociológica para los hombres del siglo XX es fundamental, porque su tiempo «es social por excelencia») así como imprescindible para intentar reconducir el mundo —mediante la planificación racional y democrática planteada por Mannheim— desde la razón y la democracia. Y aún se puede hablar de una cuarta síntesis en la sociología de Medina. Se trata de una síntesis entre el estilo científico y el literario; es lo que el propio autor calificó de «ensayismo académico». Esta última síntesis, extraña en el fondo a la concepción sociológica de Medina, puede explicarse mediante el «ejemplo» (en el sentido de Kuhn, 1978) que encontró este sociólogo en la tradición sociológica cuando se decidió a escribir sociología. Así los trabajos de Mannheim y los de Ortega o, incluso, los de su amigo y compañero de generación Francisco Ayala, presentaban un estilo cuidado, abierto, y una evidente y, a veces, au-

todeclarada intención asistemática. A esto se le puede añadir la circunstancia del exilio, que generó un enorme desconcierto en los intelectuales exiliados que, por un lado, tuvieron que esforzarse en lograr de nuevo un espacio (un nombre, existir en un contexto, tener presencia), y, por otro, se habían visto privados de su público natural (el público académico español) y no sabían a quién dirigir sus escritos y, por tanto, qué estilo emplear para conseguir un nuevo público.

En *La sociología como ciencia social concreta,* publicado inacabado póstumamente en 1980 (pero redactado el cuerpo principal de la obra durante el período 1939-1952), Medina asume el historicismo de la escuela alemana, y concibe a la sociología como una ciencia cuyo objetivo fundamental es obtener conocimientos sobre realidades sociales concretas (que, sin embargo, sólo pueden entenderse si se estudian en el proceso histórico); conocimientos que tendrán valor siempre que se apliquen a dicho momento concreto, y deberán ser reformulados cuando la realidad cambie. Y, precisamente, el cambio social, observa Medina desde los años 40, se ha acelerado de una manera extraordinaria.

Medina, presta cierta atención al conflicto en su construcción teórica, y recurre a Luis Vives en busca de los conceptos discordia y concordia, que son, en su formulación, dos tendencias que conviven en todas las sociedades (se aleja aquí Medina del historicismo alemán) como condición de posibilidad. En *Presentaciones y planteos. Papeles de sociología* (1953), Medina interpreta la discordia como imposibilidad de comunicación (como había sucedido, por ejemplo, en la Europa de entreguerras, tal y como había puesto de manifiesto Mannheim en *Ideología y Utopía),* mientras que la concordia es la comunicación. El conflicto, viene a decirnos Medina, es una posibilidad constante en todas las sociedades, tal y como había demostrado la más reciente historia, siempre que la comunicación desaparezca.

Después de abandonar México, Medina se traslada a Colombia (1945), Puerto Rico (1946-1952) y Chile (1952-1963); países en los que continúa su labor de profesor de sociología. En Chile entra Medina en contacto con la CEPAL, y en concreto con el grupo de intelectuales que se agrupan en torno a Raúl Prebisch y que desarrollan lo que se ha llamado «estructuralismo latinoamericano» en los problemas del desarrollo. Allí será donde Medina ponga en práctica su enfoque teórico inicial, es decir, la concepción de la sociología como ciencia social concreta. Y es así porque Medina se dedica a estudiar la

situación de América Latina (una sociedad concreta) y los problemas del desarrollo en las décadas de los 60 y 70 (en un momento sociohistórico concreto), desde la sociología.

Lo que lleva a cabo Medina es una sociología del desarrollo, basada en un enfoque histórico (deudor todavía del historicismo alemán) que alcanza una gran profundidad en *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina* (1963); libro que firma junto con Higgins. En este texto (que es un encargo de la UNESCO), en el capítulo que lleva por título significativamente «la opinión de un sociólogo», Medina se plantea la transformación que se está produciendo en América Latina y destaca tres vertientes de la misma: la transformación económica, la integración nacional y la integración supranacional. Sin embargo, la clave está para Medina en la «hacienda», entendida como un tipo-ideal que se convierte en el rasgo principal de las sociedades latinoamericanas. La hacienda es una célula de poder político-militar, es el núcleo de la estructura familística, ha constituido el modelo de autoridad y ha sido la creadora de un tipo-ideal de ser humano, de un carácter específico. Este tipo de análisis se corresponde con el de otros sociólogos clásicos, que en opinión de Nisbet (1979) dibujaban retratos y paisajes. En Medina, el paisaje es la hacienda, y el retrato el tipo humano específico que crea dicho sistema social. Las raíces de la hacienda se encuentran en la colonización española de América del Sur, y el problema fundamental que Medina identifica en los años 60 es precisamente la descomposición de dicho sistema, y la ausencia de otro sistema que aparezca para vertebrar de nuevo la sociedad. Lo que preocupa a Medina, es que esta descomposición (y la ausencia de una alternativa) puede favorecer la aparición de los peligrosos extremismos de masa.

Y es que la democracia es para Medina (igual que la razón) algo irrenunciable. La experiencia traumática de la Guerra Civil Española, y el posterior exilio, así como la identificación de la concordia con la posibilidad de la comunicación, llevan a Medina a polemizar con otros de los estudiosos de los problemas del desarrollo de su generación que consideraban más importante alcanzar el desarrollo a cualquier precio (Maestre, 1991: 20). Para Medina, de los tres tipos de planificación que examina (planificación democrática, planificación tecnocrática y planificación burocrática) en su libro *Discurso sobre política y planeación* (1972) el adecuado es el de la planificación democrática, ya que salvaguarda la libertad y protege al ciudadano del Estado y de la irracionalidad de los totalitarismos. Vuelve, pues, Medina a Mannheim (esta vez al Mannheim de *Libertad, poder y planificación democrática),* y con él se opone a la máxima neoevolucionista: «modernizaos y todo se os dará por añadidura».

Más allá de una postura ética —la de la defensa de la democracia y la desconfianza hacia los totalitarismos— Medina argumenta que existen ciertas «afinidades electivas» (en el sentido de Goethe y Weber) entre democracia y desarrollo. Hay, pues, a su juicio razones técnicas y morales que se unen a la hora de presentar una alternativa a la «práctica justificación del autoritarismo» (Maestre, 1991: 18) que estaban llevando a cabo otros investigadores del desarrollo y de su misma generación.

Breves consideraciones teóricas

Es obligación del autor de un libro de estas características especificar algunas de las opciones teóricas que han guiado su trabajo. Hemos ido avanzando algunas de ellas en esta introducción, pero aún debemos dedicar algunas palabras a clarificar nuestra postura. Básicamente se trata de poner por escrito, muy brevemente, los supuestos fundamentales desde los que se ha escrito este libro. Se podría decir que este libro, cuyo objetivo principal es el análisis del pensamiento de Francisco Ayala, se sustenta teóricamente en tres grandes preguntas que nos orientarán en las páginas que siguen: ¿Desde dónde piensa Ayala?, ¿Cómo piensa lo que piensa? y ¿Cómo es visto él mismo por los demás?[5] Veámoslas brevemente.

¿Desde dónde piensa Ayala? Considero que el pensamiento de un autor, en nuestro caso, el de Francisco Ayala, hay que interpretarlo ubicado en sus contextos, en los lugares desde los que se pensaron las teorías y se escribieron las obras. Como decía Mannheim (1993: 3), los hombres «no se enfrentan con los objetos del mundo desde las abstractas alturas de una mente contemplativa, ni lo hacen exclusivamente como seres aislados. Al contrario, actúan unos contra otros, en grupos organizados de diferentes maneras, y al hacerlo piensan unos

[5] Se trata de tres cuestiones que forman parte de una teoría de sociología de la sociología, que hemos desarrollado en otro lugar. Véase, Ribes (2005).